

Lourdes Ortiz

Ojos de gato

Colección de Narrativa
Ediciones Irreverentes

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento o transmisión de la totalidad o parte de su contenido por cualquier método, salvo permiso expreso del editor.

De la obra © Lourdes Ortiz

De la edición: © Ediciones Irreverentes S.L.

Junio de 2011

Ediciones Irreverentes S.L.

<http://www.edicionesirreverentes.com>

ISBN: 978-84-96959-85-9

Depósito legal:

Diseño de la colección: Absurda Fábula

Imprime: Publidisa

Impreso en España.

I- CRUCES

OJOS DE GATO

Suele estar sentado a la puerta del supermercado. Lleva un gorro de lana, que casi le tapa la frente, y en las manos sostiene varios ejemplares del periódico *La farola*, pero no hace ningún gesto ya para ofrecérselo al posible comprador. Está desanimado. Es una mañana fría, muy fría. Su piel tan negra parece barnizada en el rostro y en las manos. Piel de azabache que reluce en esa mañana tan gris y tan húmeda. Cuando alguien se acerca hacia la puerta del *súper* él levanta la cabeza y sus ojos se iluminan por un instante. Pero no hace además alguno. No se levanta, no alarga la mano, no dice nada. El hombre, la señora, la joven o la anciana pasan por su lado sin verle. Entran tirando del carrito de la compra o con las manos vacías y salen del local con las bolsas de plástico o el carro repleto hasta los bordes. Es como una procesión silenciosa que le ignora. Pero él no se mueve, baja de nuevo la cabeza y parece contemplar con mucha atención aquellas hojas de papel inútiles, las hojas de los periódicos que sostiene en unas manos que quizá tiemblan; cualquier observador atento podría percibir un ligero movimiento reiterado que se percibe en el latir de las hojas de los pocos periódicos ajados, marchitos por el aguanieve, que no cesa de caer.

Hace dos meses, cuando llegó y se aposentó en aquel que sería a partir de ese momento su puesto —como un militar que recibe la orden de no moverse de su caseta de guardia, pase lo que pase— se mantenía erguido y sonreía —unos dientes muy blancos, dientes de anuncio de dentífrico, regulares como las teclas de un pequeño piano— a cada uno de los posibles clientes; alargaba con timidez la mano, que sostenía los periódicos, como quien hace una ofrenda, y sus ropas todavía impecables —una sahariana gris de algodón sobre una

camiseta oscura y unos pantalones vaqueros— le daban el aspecto tranquilizador de un portero desenfadado de un hotel de lujo o de una discoteca de moda. Era hermoso. Había una extraordinaria dignidad en su porte y en aquellas largas manos oscuras que terminaban en unos dedos muy delgados con una uñas claras, rosadas. Era esbelto. Cualquiera que se detuviese un instante ante él podría pensar que apenas había cumplido los dieciocho años. Tal vez menos. Un rostro de niño, un rostro que se encendía con aquellos ojos profundos y todavía alegres, ojos de gato picarón que se iluminaban con su sonrisa. Un porte de estatua de oscuro bronce y unos refulgentes ojos que atraían de algún modo la atención de las ocupadas y distraídas señoras y lograban a veces que alguna cediera a la llamada y tendiera su pequeña moneda, mientras él fingía, sin mucha convicción, alargar el periódico, que la señora casi siempre rechazaba:

—No. No quiero el periódico.

Respuesta que al principio no entendía y que le dejaba perplejo con el periódico rechazado en la mano, mientras ella, la señora, hurgaba en su monedero para extraer una moneda. Pero en seguida se había acostumbrado y desde entonces bajaba la vista, en un gesto de gracias muy sutil, como si aquel ritual, que le libraba de la vergüenza de la limosna, fuera un secreto entre él y las pocas clientes —casi siempre señoras de cierta edad con un aspecto que le resultaba respetable y generoso— que se distraían por un momento de su prisa y le prestaban atención con una cierta indulgencia, una indulgencia algo culpable en el gesto rápido de depositar la moneda en la mano, una mano rosada en su palma. Un euro, dos euros, cincuenta céntimos, tal vez una moneda de veinte. El no era un mendigo. Tras la penosa llegada y los primeros días de hambre y desánimo alguien le habló de un albergue donde podía, si llegaba temprano, comer algo caliente y dormir y allí conoció a otros que le pusieron en contacto con la oficina del periódico. Un periódico de ayuda, de caridad para atender a aquellos que, como él, carecían de medios o de papeles para poder subsistir en la calle.

Y por eso estaba allí, día tras día, a la puerta del supermercado, como esos mendigos con diversas y escandalosas lacras que, importados por mafias oscuras de lugares lejanos, permanecían impasibles, como drogados o lelos, mostrando sus llagas y su miseria a la puerta de las iglesias o en medio del tumulto de las calles del centro. Pero el no era un mendigo. No. Él quería un trabajo, lo buscaba. Por eso había cruzado el mar. Él, con los periódicos en la mano, era, al fin y al cabo, un vendedor de una empresa y todas las tardes debía responder de los periódicos vendidos. Si había suerte sacaba un plus que le permitía ir tirando. Le gustaría poder hablar, decir alguna frase, a parte de ese *gresias* casi ininteligible, que dejaba escapar en un murmullo. Pero era tímido. Hablaba perfectamente francés, una lengua con la que creía que podría haberse manejado, pero de poco o nada le servía el francés en esta tierra de la que nada sabía y a la que el destino y la patera le había arrojado.

Esta era una mañana fría, desalentadora. Bajo la zamarra gris de algodón tenía la sensación de que todo su cuerpo tiritaba, que su alma tiritaba. Allí, sentado en el escalón dejaba pasar las horas, pero las mujeres caminaban más de prisa que de costumbre y él miraba hacia el suelo y le parecía que aquel escalón era una balsa inestable que se zarandeaba de nuevo en medio de las olas encrespadas. Sentía el agua fría golpearle en el rostro y las manos, como en aquella nefasta travesía en la que no quería volver a pensar. Pero las imágenes se agolpaban, confundiéndole: el cuerpo congelado del amigo, aquel muchacho demasiado débil, que hacía castañetear sus dientes con un ritmo machacón, un ritmo fúnebre, que se sumaba al bramido del mar y al punteo de la lluvia, un cash, cash, cash que no cesaba y él se apretaba junto al muchacho, queriendo transmitirle el poco calor que todavía conservaba en el cuerpo; le apretujaba, como las madres achuchan al bebé entre sus brazos. Le apretaba contra sí e intentaba darle ánimo. Pero el otro apenas podía ya escuchar. Tenía lágrimas en los ojos, unas lágrimas de frío y de terror, ojos nublados que parecían escaparse,

huir hacia lo alto o hacia una nada blanca, como se le iba escapando el soplo de la vida. No tendría más de quince años; un chaval, que antes de partir correteaba por la playa, que le incitaba a jugar con la pelota, hecha con trapos.

—Seré futbolista, —decía— lo tengo claro, clarísimo. Allí a los buenos futbolistas se los rifan, los respetan. Porque son grandes y se convierten enseguida en ídolos. Sí, en ídolos venerados como si fueran dioses. A nadie le importa el color de su piel. Yo ¿sabes? he practicado mucho, desde muy pequeño. Tengo condiciones. Puedo correr como una gacela —eso dice mi padre— tras el balón. Y hacer buenos regates ¡que no había ninguno que pudiera quitarme la pelota! Buenas piernas, buen tino. Y los futbolistas, ganan mucha, mucha pasta. Y además se llevan a las mejores mujeres. Mujeres rubias, imponentes, actrices y modelos con largas piernas y labios ¡qué labios! Dentro de dos o tres años ya oirás hablar de mí. Te lo juro. Mi madre no quería que me fuera, pero mi padre... mi padre apuesta por mí. Confía en mí y sabe que con lo que yo gane las cosas van a cambiar para todos. Para ellos, que están mayores, para mis hermanas, que tengo cuatro más pequeñas y todavía sin casar.

El cuerpo rígido del muchacho, acurrucado contra su cuerpo y él sintiendo aquella desazón, el frío atenazando los músculos. No te rindas, no te rindas. En algún momento le abrió la boca y sopló dentro, pero el chaval ya no se movía.

—¿Qué? Menuda mañanita ¡eh! Con este viento no hay quien pare. Hasta me ha costado salir de casa. Ahí sentado se te van a congelar los pies y el pompis.

La mano enguantada de la mujer le tiende la moneda y él levanta la cabeza, como saliendo de un sueño y dice *grasies* y encoge los hombros.

—Mira. Hoy me voy a llevar *La Farola*. Así me entero un poco de cómo están las cosas. Que una está tan liada ¡que ni tiempo tengo de leer el periódico!

La mujer habla para si misma, mientras señala los papeles mojados.

—Están que dan pena. Pocos vas a vender así.

Él no entiende, pero intenta sonreír. Hace un esfuerzo para levantarse. El papel empapado parece deshacerse y la mujer lo palpa con recelo, quizá por miedo a estropearse los guantes.

—Mira, mejor te lo dejo. Mañana con buen tiempo será otro día.

La mujer sonríe maternal, como pidiendo disculpas por su arrepentimiento, y él recoge el periódico que ella devuelve, intentando doblarlo de nuevo. La mujer se adentra en el supermercado rezongando.

—Pobre muchacho. No debe estar del todo bien. Parece retrasado. Mira que estar ahí sentado con el día que hace. Pero ¡si en algo puede una ayudarle!

Él vuelve a sentarse. Siente que la humedad ha penetrado en los vaqueros. Pero está cansado. Esa noche apenas ha podido dormir. Llegó tarde al albergue. ¿Cómo se llamaba aquel chaval? No recuerda su nombre, el nombre que el chico le había repetido en la playa una y otra vez: «Recuérdalo bien. Te digo que antes de tres años ¡como mucho! oirás hablar de mí» Tenía el cabello muy rizado, unos rizos que le caían sobre la frente y era delgado, tan delgado que mientras él abrazaba su cuerpo podía sentir cada uno de sus huesos. Llevaba aquella camiseta roja y una cazadora amarilla de plástico muy ligera, como si hubiera elegido la ropa para su entrada triunfal en aquella que había de ser su nueva patria, la que iba a coronarle con el triunfo. Una cazadora de plástico amarilla, que apenas podía protegerle en aquella noche interminable, tras el cuarto día de travesía, perdidos ya en medio del océano. La sed, secando la boca, y el frío penetrando en los huesos, calándoles. Hace un esfuerzo, pero el nombre del chaval se le escapa. Corría por la playa, daba saltos, gritos de júbilo el día de la partida. Había un tipo alto, ceñudo que le miraba con desconfianza, como si tantos gritos, tantas exclamaciones le incordiaran: cosas de chicos, de chavales no suficientemente preparados que sólo podían traer problemas.